



La casa caída

En la tarde-noche de ayer salí a tomar una copa de vino con Ignacio Vidal-Folch. Estuvimos charlando de un montón de cosas y, hacia el final, me explicó una historia que me gustó. Tiene localizados una serie de poemas que se replican uno al otro, como una especie de eco. Uno, de Cernuda, habla del vacío del escritor ante la página terminada. Otro es de Vinyoli que, frente a la hoja en blanco, imagina la ascensión hacia tempestuosas cumbres y cerros con águilas. *El viajero* de Machado describe el retorno de un indiano a una ciudad sucia y oscura. *I mari del sud* de Pavese es su reverso: el indiano explica la aburrida vida del trópico a un chaval que no ha salido del pueblo. Qué tipo, este Vidal-Folch: recita a Vinyoli de memoria y si no recuerda exactamente el poema de *Lavorare stanca*, concentra sus ideas principales en un inspirado tralará.

Más tarde, en casa, pienso en el poema de Enric Cassases que leí esta mañana, *Som a l'era*, del libro *Bes nagana* que acaba de publicar Edicions de 1984. Empieza con una ima-

Casasses propone reconstruir el mundo desde una masía en ruinas

gen de actualidad: hay tanta crisis en el mundo que a ti se te acaban las cerillas. Ya no queda papel higiénico, ni agua del grifo. De coña: llegó el momento de abandonar la ciudad y echarse al monte. Al principio nos sorprende la oscuridad de la noche, pero entre las sombras descubrimos “el poderós embalum/ d'un mas mig enderrocac/ per un llamp que fa cent anys/ o així li clavà una estrena/ que li migpartí l'esquena/ i ara a dins li creixen arbres/ i hi pasturen conills/ i hi ha pedres ben tallades/ arreu per terra escampades”. Casasses piensa que esta masía demolida tiene más capacidad de poner de nuevo en marcha la civilización que las urbanizaciones de pueblo o capital: “Un sol carreu caigut/ que allà entre herbotos pastura/ té molta més estructura/ mental imaginativa/ que els programes d'una sonda/ navegant per la galàxia”. Por la montaña se ven muchos caseríos derrumbados como el de Casasses. Si entras en su interior puedes llevarte un pedazo de teja, un ladrillo, un gancho con punta. Fotografiar el marco de una puerta que es un tronco sin desbatar, una viga que es una encina entera o un sillar de granito que, en la cara superior tiene un hoyo donde se recoge agua de lluvia. Son señales de una civilización que comprendió hace siglos el ritmo de la tierra. Por caída que esté la casa se puede enderezar.

Otros libros recientes hablan de edificios destartados: la casa *cantonera* de Sílvia Alcàntara, la alquería de Marieta Bruixa de *Els convidats* de Emili Teixidor, la casa de la madre enloquecida de *El dia de l'ós* de Joan-Lluís Lluís. Las masías en ruinas de Francesc Serés, Antoni Pladevall y Ramon Erra, símbolos de la decadencia de Catalunya. Casasses no se lamenta de la derrota: toma un pedrusco y piensa en la manera de empezar de nuevo, como Verdaguer ante los campanarios de Sant Martí del Canigó.